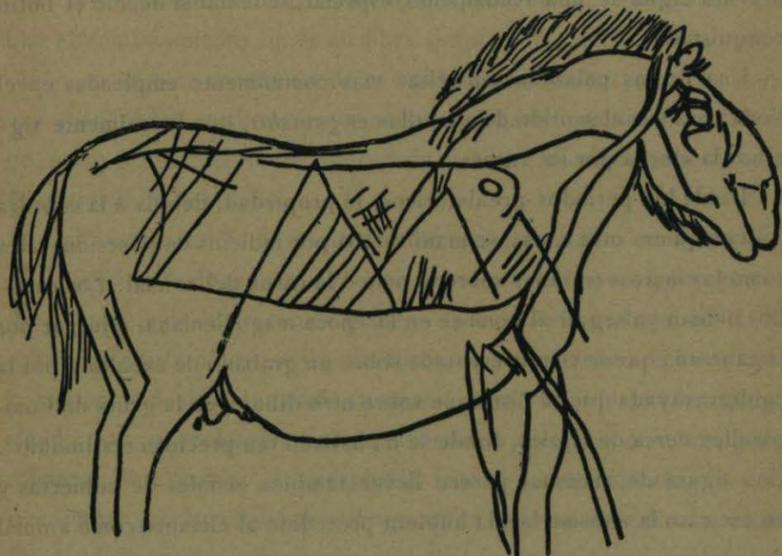


Pero cualquiera que sea la forma que haya tomado en la historia la apropiación de un campo, de un distrito ó de una provincia por un solo individuo, quedan siempre en el recuerdo de los hombres y en el derecho tradicional ó escrito huellas de una forma anterior de propiedad colectiva.

En muchas comarcas los propietarios de terrenos particulares trabajan



REPRESENTACIÓN DE UN CABALLO (GRUTA DE COMBARELLES)

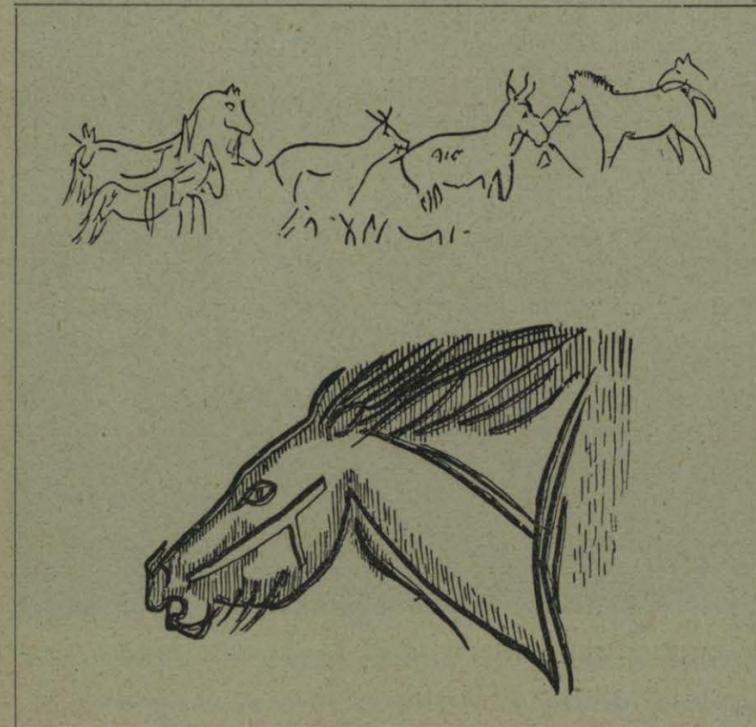
¹/₈ del tamaño del dibujo prehistórico.

juntos los días festivos, y la tierra vuelve á ser común, especialmente en Guam, la isla principal de las Marianas¹. La ilusión del pasado renace alegremente: ¡qué júbilo en los pueblos del antiguo Bearn, cuando todos, desde el anciano hasta los niños, se reúnen en las granjas para deshojar las espigas de maiz, escuchando las historias de la abuela ó los cantos de las jóvenes!

Allí donde las tierras están divididas según su naturaleza y donde los campos cultivados se han convertido estrictamente en propiedades particulares, la comunidad conserva aún algunos derechos colectivos sobre los bosques y los pastos, y las tierras sin valor quedan propiedad de todos, y hasta donde la expropiación de los pobres ha sido completa,

¹ National Geogr. Magazine, mayo 1905, pág. 236.

consérvase la tradición. El lord inglés que recorre sus dominios de Irlanda comprende perfectamente el sentido oculto de las miradas que le lanzan los campesinos.



REPRESENTACIONES DE ANIMALES (GRUTA DE COMBARELLES)

El grupo de animales es la representación, a la escala aproximada de 1:40, de una parte de la pared de la gruta; la cabeza de caballo es el octavo de tamaño del dibujo prehistórico; las líneas del sombreado son rayas de pintura negra.

La guerra, pues, por sus consecuencias, es el factor más temible de la desigualdad entre los hombres. Un joven guerrero más fuerte, más ágil, más diestro, más astuto que los otros y poco cuidadoso del respeto tradicional debido a los ancianos y a las costumbres, tenía grandes probabilidades de elevarse sobre sus compañeros y de ser reconocido como jefe, no sólo durante las expediciones guerreras, sino también de una manera permanente en las treguas y en la paz. Ese fué el principio de la institución que tomó su forma definitiva en la monarquía, es decir, el gobierno de uno solo, colocado de derecho o de hecho, sobre las leyes. Millones de Luis XIV en germen precedieron al «Rey-Sol».

Como lo ha hecho notar muy justamente Gumplowicz, la mo-

narquía es tan antigua como la humanidad: hasta es más antigua, puesto que existía ya en el mundo animal¹. Como la mayor parte de las instituciones humanas, ésta había nacido entre nuestros antepasados los animales de la sabana y del bosque: muchas familias de animales tenían su rey, como refieren las fábulas. Especialmente ciertas especies de monos tienen jefes reconocidos, debiendo a su fuerza física, al poder de sus brazos, al vigor de sus mordiscos el respeto de que le rodean los otros monos de la banda. Las mismas pasiones tienen de una parte y de otra consecuencias análogas, y durante el curso de las edades las prácticas se han continuado siempre de generación en generación y de abuelo animal a herederos humanos, conforme al natural atávico.

Por otra parte, las lenguas, intérpretes del pensamiento, nos muestran de una manera evidente la génesis de la realeza: en casi todas las lenguas humanas, los títulos aplicados a los jefes y a los nobles han salido del hecho de la lucha²; el «emperador» es el que manda y dirige la batalla; el «dictador» dicta órdenes a sus soldados; el mariscal, el general, el condestable, son encargados de dirigir la caballería; el «duque» o «herzog» conduce las bandas; el «jarl» o «earl» es el hombre fuerte por excelencia, el valiente que hierde de muerte; el «caballero», el «escudero», el «lacayo» permanecen juntos en el combate³. Sin embargo, algunos títulos expresan sólo de una manera general el hecho simple de la dominación, en paz o en guerra, tal es el nombre de «rey». En las lenguas germánicas las palabras *koning*, *könig*, *king*, atribuyen al que manda una inteligencia y un conocimiento superior de las cosas. Ya el súbdito se humilla ante su amo; corresponde a generaciones avasalladas durante mucho tiempo convertirse en cortesanas.

La monarquía ha podido consolidarse fácilmente por cuanto el hombre mismo es un animal «domesticable⁴» como el perro y tantas otras especies. Domado, por el halago o por el temor, mantenido después en la servidumbre por el hábito, el hombre abandona sus fuerzas y su vida al que posee la voluntad; pero,

¹ Ludwig Gumplowicz, *Neue Deutsche Rundschau*, vol. 1895.

² Brehm, *Thierleben*.

³ Thomas Carlyle, *Sartor Resartus*.

⁴ Ludwig Gumplowicz, artículo citado, pág. 6.



VACA MARCADA Y ADORNADA (PAÍS DE LOS MASAIS, ÁFRICA ORIENTAL)

aunque despojándose de la dignidad de su persona, queda hombre por el afecto, los sentimientos de respeto y de veneración, y precisamente al que le ha arrebatado su dignidad acaba frecuentemente por amar, respetar y venerar más que a todos los otros; como «perro humillado», se arrastra a los pies del amo, que le insulta y le pega.

En el mundo anterior al hombre nació y se desarrolló ese espíritu de obediencia y de abandono moral que permitió el nacimiento de las monarquías en tantas sociedades humanas, y que, durante el curso de la historia, facilitó la fundación de esos famosos imperios donde millares de hombres se sentían dichosos prosternándose en el polvo ante el paso de uno de sus semejantes. ¡Cuántas veces el último homenaje de los que perecían por el capricho de un monarca se ha elevado hacia el que con un signo les enviaba a la muerte! ¡*Cæsar, morituri te salutant!* no era la suprema ironía de la desesperación, sino el último acto de la adoración.

En uno de los pequeños Estados de las islas Palaos, los je-

fes llevan el título de *mad*¹ o «muerte»: nadie, según creen, puede mirarlos sin morir instantáneamente.

La tendencia a la imitación es también uno de los fenómenos naturales que más han contribuido a desarrollar el espíritu monárquico en la humanidad: el débil quiere modelarse sobre el fuerte, el pobre sobre el rico, el feo sobre el hermoso y aun el hermoso sobre el horrible que es soberano.

Era, pues, inevitable que el hecho de imitación espontánea fuese por grados erigido en ley, en deber. ¿Qué súbdito osaría sustraerse a la obligación de copiar a su amo, allí donde la fuerza está sólidamente constituida? La imitación se hace lejana, respetuosa, por la población entera, y esa imitación, cambiándose poco a poco en una especie de estupor, convierte en serviles el pensamiento y la palabra.

Así en las islas Fidji, cuando un jefe caía caminando sobre un sendero escabroso, todos sus acompañantes fingían caer, y si uno solo quedaba en pie, sus compañeros le maltrataban como insolente y rebelde². Del mismo modo, cuando el «Gran Rey», anciano y cacoquímico, se quejaba del peso de los años, ¿qué cortesano renunciaba al mérito de ser, como su señor, débil y achacoso? Si una reina tiene la desgracia de ser fea, semejarle a su fealdad es la gran belleza; si es deforme, conviene aparentar una deformidad parecida.

Hay sólidos privilegios que se reservan los soberanos y que están prohibidos al común de los mortales; pero éstos tienen siempre el recurso de remedar a sus amos por medio de gestos permitidos como dei buen gusto.

Un viejo instinto humano conduce a la bajeza. (HUGO)

Paralelamente hay otras pasiones que obran en medios diferentes e impulsan a la insurrección, suscitando el heroísmo. En parte alguna son idénticas las circunstancias, y, por consiguiente, los resultados políticos de la lucha entre diferentes grupos de hombres sometidos a una voluntad superior y tal otro grupo cuyos miembros, en diversos grados, conservan todo o parte de su voluntad individual, han de variar en todos los lugares y en todas las edades. No obstante, conviene saber cómo correspon-

¹ Miklukho Maklaït, *Izvestiya Russkovo Geograf. Obshchestva*, 1877.

² J. Soury, *Etudes historiques sur... l'Asie antérieure*, pág. 321.

den normalmente desde el punto de vista geográfico las formas políticas de las sociedades a las diversas formas terrestres en la evolución primitiva de la humanidad, y a este respecto pueden establecerse reglas generales, que prevalecieron en tanto que la constitución de los grandes Estados centralizadores, teniendo a su disposición formidables medios coercitivos, no llegó a borrar los contrastes originarios.

Tomemos, por ejemplo, un país montañoso, cuya población, forzosamente esparcida, se reparte en débiles comunidades en valles de escasa extensión, bien limitados por gargantas de paso difícil y por aristas de rocas frecuentemente obstruidas por las nieves y los hielos: en esos pequeños mundos cerrados, cada uno tiene su trabajo definido por las condiciones del medio, y las jornadas se cumplen bien; siega y cercado, horticultura, corte de leña, pastoreo del ganado y fabricación del queso son las tareas que se imponen durante toda la parte viviente del año, y para un gran número de los naturales del país, el trabajo continúa durante la estación fría, a causa de la emigración temporal. La defensa es fácil en atención a lo escarpado de las rocas y a lo inaccesible de los caminos, y en el caso en que estas condiciones no impidiera el ataque de los enemigos, la táctica que ha de seguirse no tiene complicaciones que obliguen a los montañeses a someterse a un jefe único en interés de la patria minúscula: cada individuo, por sus costumbres y la conducta de su vida, confía en sí mismo; puede entenderse bien con el «primero de los pares», con el combatiente reconocido por todos como el más valiente o el más astuto, y esto mismo constituye para éste una especie de autoridad efectiva en tiempo de peligro público, pero que no sancionaría la opinión en tiempo ordinario, y que, por consiguiente, es casi nula. El peligro del mando no toma un carácter de gravedad temible sino cuando las tribus de montañeses descienden en masa de sus alturas para conquistar las llanuras bajas y fundar imperios en ellas, donde cambian rápidamente de costumbres y acaban por perderse en las naciones próximas más civilizadas.

Los valles de Himalaya y del Hindu-kuch, los del Szetchuen, del Cáucaso, de los Alpes, de los Pirineos, de los Alpes meridio-

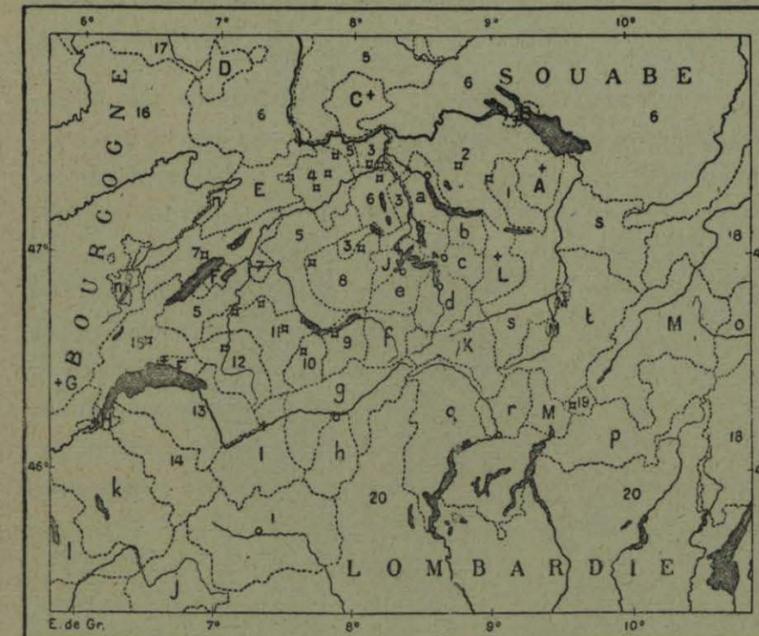
nales ofrecen muchos ejemplos de esas pequeñas democracias locales que subsistieron durante miles de años, conservándose varias de ellas bajo formas modernas. En la península de Malacca y en las grandes islas indo-malayas, en las islas china de Hainan y japonesa de Formosa, las regiones del interior, irradiando sus valles alrededor de un macizo en forma de espina dorsal, están también, o al menos lo estaban antes, habitadas por poblaciones republicanas cuyas instituciones se determinaban por la división de las tierras altas en dominios distintos.

Sin embargo, la arquitectura del macizo o de todo el sistema de montañas puede tender a facilitar la constitución de un imperio. Así los valles lacustres en que están situadas las ciudades de Tezcuco y de Méjico y que sirven de apoyo a todo un círculo de mesetas, debían dar por su posición misma una gran preponderancia a las poblaciones que las habitaban, y éstas se aprovecharon de ello para sojuzgar los habitantes de los valles divergentes, mucho más débiles y sin cohesión natural. Asimismo, las familias gobernantes de los Incas, a las cuales se habían sometido las naciones de los Aymaraes y de los Quichúas, viviendo sobre las alturas andinas, entre las dos cordilleras, poseían, gracias a la forma del relieve continental, una potencia de ataque verdaderamente formidable, de que no dejaron de usar contra todos los poblados vecinos que habitaban sobre las pendientes exteriores de los montes, de un lado la vertiente del Pacífico, del otro los bosques de la Amazonia.

En Europa mismo, un país de montañas y de amplios valles intermediarios, Suiza, que presenta un carácter mixto desde el punto de vista geográfico, ofrece también una doble evolución en su historia: de una parte la defensa victoriosa de su independencia, gracias al acantonamiento de los pastores en depresiones de difícil acceso a las gentes de la llanura; de otra, la extensión conquistadora de la comunidad sobre las campiñas inferiores. Por eso la poderosa Berna, a la vez llanura y montaña, oligarquía y república, se apoderó del país de Vaud, que oprimió duramente hasta el fin del siglo XVIII, y los pequeños Estados asociados que rodean el lago de los «Cuatro Cantones» tuvieron bajo su dominación política el Tesino y durante mucho tiempo

la Valtelina, a la manera que las águilas aterran a los carneros.

N.º 38. Fragmentación de un territorio montañoso, hace 600 años
(Véase pág. 262)



Territorios eclesiásticos

- A. Abadía de Sajt-Gall.
- B. Obispado de Constanza.
- C. Abadía de Saint-Blasien.
- D. Obispado de Estrasburg.
- E. Obispado de Bale.
- F. Obispado de Lausana.
- G. Abadía de Saint-Claude.
- H. Obispado de Ginebra.
- I. Obispado de Sión.
- J. Abadía de Murbach.
- K. Abadía de Dissentis.
- L. Abadía de Glaris.
- M. Obispado de Coire.

Territorios democráticos o dudosos

- a. Zurich.
- b. Rapperchwyl.
- c. Schwytz.

Territorios feudales o dudosos

- d. Uri.
- e. Stanz.
- f. Haslithal.
- g. Alto-Valais.
- h. Viège (Visp).
- i. Valle de Aosta.
- j. Tarentaire.
- k. Ginebrés.
- l. Saboya.
- m. Barochage de Pontarlier.
- n. Francas-Montañas (1383).
- o. Tirol.
- p. Valtelina.
- q. Valles del Tesino.
- r. Bellinzona.
- s. Bludenz, Sargans, etc.
- t. Prattigau, Razunes, etc.

Territorios feudales o dudosos

- 1. Toggenburg.

- 2. Kyburg.
- 3. Habsburg.
- 4. Falkenstein, Thierst, etc.
- 5. De Freiburg a Soleure y Brigian (Zähringen).
- 6. Lenzburg y Alta-Alsacia (Hohenstaufen).
- 7. Neuchatel.
- 8. Brandis, etc.
- 9. Unspunnen, etc.
- 10. Tellenberg.
- 11. Wissenberg, etc.
- 12. Gruyere.
- 13. Chablais.
- 14. Faucigny.
- 15. Cossonay, etc.
- 16. Bourgogne.
- 17. Lorraine.
- 18. Maison de Wittelsbach.
- 19. Bergallia.
- 20. Lombardía.

Diversas comarcas no montañosas ofrecen a sus habitantes condiciones análogas a las que presentan los valles de escasa extensión, sea que se ramifiquen alrededor de un macizo o estén dispuestas a ambos lados de una larga arista. Hasta en llanuras

continentales, en regiones pantanosas, en costas marítimas y en archipiélagos se encuentran distritos que por sus condiciones naturales favorecen el nacimiento de pequeñas comunidades distintas que gozan de una positiva autonomía en un organismo federal.

De ese modo, el régimen primitivo determinado por la naturaleza misma de los lugares, había de conservarse hasta los tiempos modernos en países como el de los Frisones, donde las comunicaciones se habían hecho difíciles, del lado del mar por la falta de profundidad y la violencia de las tempestades, del lado de tierra por los pantanos y las praderas temblorosas. Los espacios secos y fértiles que ocupan la zona intermediaria eran otros tantos islotes respetados por el vaivén de las conquistas y estaban poblados por gentes que de siglo en siglo habían adquirido la práctica de la libertad: podían esperar el olvido, a menos que el desastre de un diluvio les forzase a salir de sus retiros para tomar parte en las guerras de sus vecinos.

Algunos oasis esparcidos en las arenas, como los de Egipto y de Arabia, lo mismo que ciertas islas vecinas unas de otras y poco diferentes en extensión y en recursos, especialmente las del mar Egeo y de ciertos pasajes insulindianos ofrecían ventajas análogas para facilitar una constitución republicana de sus habitantes. Poblaciones de pastores que viven cada una en un pliegue de la estepa han podido también conservarse durante largos siglos en un bello equilibrio de paz y de libertad; pero en cuanto un conquistador las reunía en una horda, es decir, en un «campo de guerra», o, rechazadas en masa por alguna revolución de la Naturaleza o de la historia, se veían forzadas de rechazo a extenderse violentamente por el mundo, todo cambiaba bruscamente en su género de vida y en su influencia sobre los otros hombres.

No hay azote comparable al de una nación oprimida que hace recaer la opresión, como por furor de venganza, sobre los pueblos que oprime a su vez. La tiranía y la opresión se ordenan jerárquicamente en la inmensidad de las multitudes que tienen a su cabeza un amo universal, en su base una masa envilecida de esclavos, y como intermediarios una turba de subordinados de una parte y sobreimpuestos de otra, que imponen rabiosamente a sus inferiores las violencias que ellos mismos habían sufrido antes.



TRIBU DE PASTORES ÁRABES QUE VIVEN EN LAS ESTEPAS

Dibujo de G. Roux, según documentos fotográficos.

La organización política de un conjunto considerable de hombres depende en gran parte de su número, porque la dominación de un amo misterioso sobre desconocidos por mediación de «lugartenientes», de «procónsules» o de «virreyes», es mucho más difícil de conservar que los privilegios de un camarada, de un compañero de existencia, sobre las centenas o miles de hombres que le rodean.

Es de toda evidencia que las vicisitudes y las rebeldías locales sólo tienen un escaso valor histórico en comparación de las revoluciones que abrazan naciones enteras por una serie de reacciones directas o indirectas. De ahí el resultado capital cumplido en la evolución por todos los hechos que rompieron el aislamiento de las tribus, para mezclarlas con otras sociedades, próximas o lejanas, o unir las en una sola masa por federaciones o conquistas. Los cambios del relieve y de los contornos terrestres procedentes de conmociones volcánicas, derrame de lavas, desprendimientos, inundaciones y tempestades tuvieron su influencia en el cambio de residencia de los pueblos y en su reconstitución, lo mismo que los contagios y las plagas de todas clases, las guerras, las persecuciones y las retiradas. Los descubrimientos de pasos a través de las montañas, los bosques, los ríos, los brazos de mar, se cuentan también en el número de los grandes acontecimientos ocurridos en la prehistoria. Verdad es que estos últimos hechos pasarían en su mayor parte desapercibidos, cumpliéndose en detalle por mil iniciativas locales.

Diferentes por las costumbres, los usos, el color y el matiz de la piel, el cráneo, la estructura de los órganos que contribuyeron a la emisión de la voz, los grupos humanos que el medio separaba en hordas, tribus y naciones, se han encontrado tan absolutamente aislados los unos de los otros, que la boca no se ha acomodado a pronunciar los mismos sonidos ni el oído a percibirlos. Las lenguas se han formado como los tipos nacionales, y, como esos mismos tipos, han buscado su estado de equilibrio, los unos sencillamente para conservarse, los otros para ganar poco a poco en extensión.

Alrededor del mundo histórico actual, constituido por las civilizaciones conscientes, se dibuja el mundo prehistórico de las lenguas no escritas, o recogidas solamente por las sociedades de